

Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios.

José Antonio Rivas Leone

Centro de Investigaciones de Política Comparada Posgrado
de Ciencia Política, Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela
joseriv67@hotmail.com



Anaqueel

El tema de la violencia, el conflicto armado y la cuestión de los militares resultan temas no sólo interesantes sino polémicos y centrales en sociedades como la colombiana. En este sentido, recogemos algunas de las ideas del trabajo de Elsa Blair "Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios", publicado en 1999 en coedición entre la Universidad de Antioquia y el CINEP y que se presenta como una rigurosa y pertinente propuesta sociológica alrededor de dicho fenómeno.

No hay que olvidar que el presente texto es el fruto de la estadía de Elsa Blair en la Universidad Católica de Lovaina con motivo del doctorado en Sociología. Siendo así, Blair inicia su disertación alrededor de las características del país andino definido por altas tasas de homicidios. Sin embargo, es un país como lo señala la autora con estabilidad política y económica a pesar de contar en su haber con 14 guerras civiles en el siglo pasado, y naturalmente la presencia de la violencia en los años treinta, cincuenta, ochenta y actualmente.

Algo debemos reconocer de acuerdo con la propuesta comentada y es el hecho de que la sociedad colombiana ha aprendido -quizá como ninguna otra- a convivir con una violencia crónica, endémica, permanente, ésta se ha convertido en una solución para múltiples y variados conflictos sociales y políticos; pareciera entonces que para los colombianos la violencia es también una forma de relación social.

De manera que una necesaria reflexión parte de que el tema de la violencia se ha convertido en una cuestión y área de gran relevancia y hasta obligatoria para los estudiosos del sistema político colombiano a lo cual se le agregan

temas conexos como el paramilitarismo, la contrainsurgencia, el papel del Ejército, entre otros.

Señala oportunamente la autora que "el uso generalizado de la fuerza y de las armas por parte de los sectores civiles, el surgimiento y reproducción de estas múltiples violencias en el tejido social, la mezcla confusa entre actores -militares, guerrillas, paramilitares, sicarios, milicianos, narcotraficantes, ejércitos privados al servicio de grupos de justicia privada, bandas de delincuencia organizada- y estrategias -alianzas y confrontaciones según las coyunturas-, además de escenarios -particularmente las zonas rurales-, junto con la presencia de otros componentes que, como lo veremos más adelante, intervienen en la dinámica de la violencia, han desdibujado los límites del conflicto armado, a la vez que lo han degradado enormemente".

Lo que merece destacar de entrada y desarrolla en detalle la autora a lo largo de esta obra viene dado por la multiplicidad de factores y actores intervinientes en el fenómeno del conflicto armado y de violencia en Colombia, lo cual lo define como un fenómeno extremadamente complejo y rico para el análisis, contextualización y explicación del mismo.

La obra se inicia con el capítulo "La crisis colombiana de los años ochenta: el contexto". La autora precisa que una sociedad en la que se registran 24.000 muertes violentas en un año en una sociedad en crisis ... más aún, más que una crisis política, Colombia vive una crisis de sociedad. De un lado, se involucran los grupos de poder establecidos, de otro lado, los contrapoderes contra el poder establecido, pasando además por una gama difusa de otras violencias y de poderes y contrapoderes situados en un espacio más amplio que el de la lucha por o contra el poder del Estado... En fin, la violencia no es la crisis sino su manifestación más evidente (p. 2).

En ese mismo orden de ideas tenemos que preguntarnos ¿por qué y cómo la crisis se

manifiesta a través de estas formas violentas? ¿Por qué los conflictos sociales y políticos se transforman en violentos? Dado que al fin de cuentas es lo que ocurre en Colombia.

Dentro de esta fenomenología de la crisis tendríamos que precisar los diversos indicadores y aspectos que la definen desde lo social (las graves deficiencias y diferencias en la sociedad con grandes problemas sociales) pasando por la dimensión política (problemas institucionales, crisis de legitimidad, gobernabilidad, etc.) conforman las principales aristas del fenómeno aquí estudiado.

Unos cuantos trabajos e investigadores se acogen y señalan que el problema de la violencia y los desequilibrios sociales tienen su origen en una modernización sin modernidad, donde los beneficios de dicho proceso han sido monopolizados por las elites en un proceso excluyente que no contribuyó a la formación de nuevos actores sociales sino, más bien, al surgimiento de amplias masas de actores excluidos del proyecto modernizador.

Además, como señala Blair "Colombia asiste en los años ochenta a una crisis de legitimidad del régimen político, a una crisis de representatividad de los partidos que expresa la distancia, cada vez mayor, entre sociedad y esfera política y se traduce en un desbordamiento creciente de las luchas sociales por fuera de los canales de medicación y regulación" (p.10).

Cabe advertir que en los últimos años se han producido importantes investigaciones alrededor de las dimensiones socioculturales de la violencia donde encontramos que Colombia asume una cultura de la intolerancia, al mismo tiempo que "la ausencia de universos simbólicos compartidos ha generado la fragmentación y privatización de los objetivos culturalmente prescritos llevando a la sociedad colombiana al estado de anomia" (p.25).

Entendiendo a la anomia como una descomposición y disfunción institucional en la que no hay una compatibilidad entre leyes,



instituciones, individuos, con un consecuente debilitamiento del sentido de comunidad, de las normas, el surgimiento de prácticas que no contribuyen al orden social dándose naturalmente un desorden social. Tendríamos que el problema de la anomia remite al problema del orden social a la adaptación del actor, a la cohesión de los fines colectivos y a la estabilidad del sistema simbólico. Elsa Blair precisa que los desequilibrios, la exclusión de amplios sectores de la población de los beneficios de la modernización, frente a existencias de normas de consumo impuestas por ella, resulta un terreno abonado para el desarrollo de actividades ilícitas" (p. 28).

En un segundo capítulo, "La dimensión subjetiva de la violencia", se deja claro que si bien es cierto las condiciones estructurales de carácter económico y político dan cuenta de los procesos que ha vivido la sociedad colombiana, no es menos cierto que son insuficientes para explicar la crisis y más aún la violencia. Es pertinente recordar que partimos de que la violencia, en efecto no es la crisis, sino su manifestación más evidente. "Las condiciones estructurales de la sociedad colombiana tales como el modelo liberal de desarrollo, la modernidad excluyente, la debilidad del Estado, la crisis institucional, son sin duda, factores de crisis. Ellos, sin embargo, son insuficientes para dar cuenta de la crisis y más aún explicar la violencia" (p. 32).

Es fundamental a la hora de llevar a cabo un estudio o análisis la dimensión subjetiva de la violencia donde se tome muy en cuenta el rol de los actores en los propios procesos y en la producción de la crisis. El análisis y dimensión subjetiva de la violencia parte de que "los actores no son sólo reproductores -de posiciones, estructuras, sistemas, etc.- sino también, y sobre todo, productores de dimensiones sociales" (p. 35). A la hora de abocarse en un estudio de la crisis y de la violencia en Colombia se precisa el estudio de los actores, las situaciones concretas, las redes e interrelaciones, referencias, hábitos y símbolos.

La violencia constituye sin lugar a dudas un fenómeno que pasa por el individuo, los procesos sociales, las instituciones y que, en esa medida, tiene determinantes y expresiones diferenciales para cada caso, dificulta la utilización de un concepto omnicomprensivo del fenómeno" (p. 47). En este mismo orden de ideas se precisa despolitizar el análisis de la violencia. "Por encima de las enormes diferencias al respecto entre los investigadores, de la dificultad real de trazar las fronteras entre la violencia política y la no política, lo que necesariamente hay que decir en todo análisis serio es, efectivamente, que la violencia de los años ochenta desborda los límites de la confrontación política" (p. 63).

Seguidamente, en el tercer capítulo "Imaginarios sociales de la violencia", Elsa Blair procede a introducir algunos elementos teóricos alrededor del análisis de la violencia desde la construcción de los imaginarios sociales y las representaciones colectivas (perspectiva sumamente rica e innovadora en el estudio de la dinámica de la violencia). Pensar el problema de la violencia desde la perspectiva de lo simbólico, mostrando cómo los imaginarios sociales, tradicionalmente asumidos como ilusorios o falsos, no son otra cosa que esa interpretación colectiva de sentido, imprescindible a la vida social y que juega en las prácticas de los actores por vía de la significaciones (la búsqueda de sentido) y de la movilización afectiva que produce prácticas sociales.

La violencia es parte de la memoria colectiva de los colombianos y a partir de ésta se construyen los universos simbólicos de la sociedad. A través de la constitución de la nacionalidad colombiana y de la imbricación de la guerra con la política, los colombianos han sido socializados en la violencia. En Colombia se produjo un estado de anomia lo cual se expresa en un profundo desorden y surgimiento de distorsiones en el seno del cuerpo social o la sociedad propiamente dicha y donde la tendencia no es hacia la cohesión sino a la fragmentación, esta última motivada o producida por el deterioro del sistema simbólico y la modificación de los universos integrantes del mismo (p. 82-83).

En el cuarto capítulo, "La ritualización de la violencia", Elsa Blair decanta una situación y fenómeno que se registra permanentemente en Colombia como es el culto y la ritualización de la violencia; esto constituye sin lugar a equívocos uno de los indicadores objetivos colectivos y del propio sentido de pertenencia.

"El proceso inacabado de socialización va más allá de una categoría abstracta y por momentos imprescindible que se inscribe en la cotidianidad de la violencia como el proceso que sirve de base a una serie de significaciones del fenómeno... Durante los años ochenta la sociedad colombiana ha asistido a un proceso repetido, léase ritual, deconstrucción y destrucción de enemigos a través de una serie de prácticas sociales que no son más que una forma *ritualizada* de hacer la guerra, de la cual participan los diferentes actores y cuyo eje lo constituyen significaciones simbólicas que, a mi modo de ver -señala Blair- intentan llenar el vacío de referentes al que se enfrentó la sociedad (p. 113).

Colombia representa una suerte permanente de definición y redefinición de espacios, actores e identidades. Aquí coincidimos de nuevo con el planteamiento de la autora cuando señala la idea que la sociedad colombiana está precedida por una reflexión sobre la relación entre la violencia y contenidos simbólicos, que pretende poner en evidencia el carácter regulador del símbolo y que ayuda a entender la valoración afectiva y la capacidad de los actores frente a los símbolos.

Tendríamos así que "la violencia tiene, por tanto, una doble dinámica: se transforma en instituciones (normas y leyes) o se vuelca hacia lugares del imaginario (rituales y cultos) que provocan, simbólicamente, una liberación de las agresiones que la vida social reprime (p.116). Lo cierto es que la sociedad siempre se encuentra enfrentada al conflicto; no obstante, actualmente esta simbolización, incluyendo los ritos y demás, parece inmersa en un terreno que lejos de detener a la violencia como práctica y degeneración social, la motiva y convoca.

En el quinto capítulo, "Qué es más fácil: ¿Militarizar a un civil o civilizar a un militar?", la autora precisa la necesidad de mostrar que "en el proceso de construcción y destrucción de los enemigos al cual asiste la sociedad colombiana durante los años ochenta, la percepción del otro como el enemigo, ha dejado de ser característica exclusiva de los militares y, en consecuencia, en una sociedad en la cual todo el mundo está armado" (p. 146).

No podemos obviar que tres principales factores integran y definen la mentalidad de los militares colombianos como son los mitos fundacionales del Ejército, la socialización institucional y el conflicto armado interno. Elsa Blair plantea e insiste en su propuesta sobre la necesidad de conocer los procesos a través de los cuales se construyen las mentalidades militares y sus identidades e igualmente el peso enorme de éstas en el conflicto (p.147).

En la construcción de las mentalidades militares no podemos obviar el contexto y ambiente, los hábitos, conductas, esquemas de pensamiento, valores, dado que estas conforman los principales marcos de estructuración de la mentalidad. En el caso colombiano había que agregar las características propias de la sociedad, el estado permanente de violencia y conflicto interno que alcanza más de 40 años. El conflicto armado colombiano integra uno de los factores fundamentales para explicar la formación de mentalidades militares: "No hay un solo militar colombiano cuya vida no esté directamente ligada a la llamada lucha contraguerrillera y su experiencia militar asociada a problemas de orden público... su socialización, pensamiento, se han moldeado en el marco de esta confrontación" (p. 175).

En el sexto y último capítulo, "La dimensión subjetiva de la lógica del actor militar en la dinámica del conflicto armado", partiendo de que la militarización de la sociedad colombiana está en estrecha relación con los referentes mentales de los diversos actores armados, Elsa Blair insiste en que la guerrilla se ha convertido en el eje de confrontación armada, razón por la cual



no puede estar ausente en cualquier análisis. Sin embargo, un elemento que debe prevalecer a la hora de estudiar la cuestión está referido a la producción de estereotipos que son la base para que los actores den sentido a sus acciones junto, por supuesto, a la carga emotiva.

Precisa Blair que "tanto en la producción de estereotipos como en la percepción de una imagen común del enemigo, está presente una dimensión subjetiva -tradicionalmente ignorada en los análisis sobre la violencia- que, a mi modo de ver, intervienen en la dinámica del conflicto... se trata de mostrar la presencia de esta dimensión subjetiva que además, a mi juicio, ha terminado por desdibujar los motivos reales de los conflictos a favor de componentes bastante más imaginarios pero decididamente reales de los conflictos" (p. 184-185).

El interés que deja bien claro la autora está en señalar que "si la búsqueda de salidas al conflicto se inscribe en razones objetivas, desconociendo la naturaleza de estos otros componentes subjetivos que intervienen significativamente en el conflicto, muy poco podremos avanzar en la comprensión del fenómeno de la violencia y, sobre todo, cada vez estará más lejos la posibilidad de una solución política negociada del conflicto" (p. 186).

De manera tal que podemos ir concluyendo que los estereotipos acerca de la guerrilla están en

la base tanto de las significaciones y las representaciones sociales como de las interpretaciones colectivas de sentido en los militares. Siendo así, los estereotipos terminan siendo un mecanismo de cohesión que contribuye a reforzar las identidades y pertenencias de los militares. Prácticamente hay acuerdo en la necesidad de acometer una desmilitarización de la vida social y política, y es imposible desmilitarizar y resocializar al estamento militar sin antes llevarlo a cabo en el seno de la sociedad civil.

Concluimos la recensión de dicha obra, ciertamente rica en propuestas y muy rigurosa, en la necesidad de precisar más los estudios generalizantes de la violencia. El estudio de la violencia colombiana vuelve a poner sobre el tapete un problema sociológico abordado y nunca resuelto, aquel de lo social y lo político. Con lo cual en vez de politizarse la violencia, se socializó.

Los problemas observados durante estas décadas dejan claro que el fenómeno de la violencia supera el de ser una simple disputa de grupos por determinados intereses. Es preciso entonces romper con las explicaciones simplistas y comenzar a tematizar y precisar desde las diversas perspectivas y enfoques de la antropología, la sociología, la ciencia política, la psicología, la economía y la historia el tema amplia y brillantemente trabajado por Elsa Blair en esta publicación.